oratorio apropiado á las circunstancias; trabajo que satisfizo los deseos del claustro y que llenó plenamente su objeto de hacer brillante alarde del estado de la enseñanza universitaria, ante el grande hombre de aquella época. En 31 de Julio de 1837, prévios los exámenes de estatuto, y aprobado por aclamacion, recibió el honroso título de abogado de los tribunales de la nacion.

Hasta aquí hemos visto al Sr. Guerra figurar en su carrera literaria y profesional como alumno distinguido, como profesor sábio, como abogado notable, como doctor en la facultad que profesó, como empleado respetable en la curia eclesiástica de su domicilio: favorecido por la estimacion de sus maestros, retribuido por el amor de sus discípulos, respetado por sus compañeros, honrado por la confianza de sus superiores. Pero despues de todo esto, le faltaba aún figurar en la verdadera carrera del sacerdote, á saber, la formacion y direccion de las almas: quedábale por practicar la gran sabiduría que consiste en la aplicacion de la ciencia de las ciencias, el cuidado y gobierno de los espíritus. Esta nueva carrera tenia que comenzarla bajo el gobierno del I. Sr. Dr. D. Diego Aranda, digno sucesor del I. Sr. Gordoa, bajo el concepto de aptitudes para el gobierno y acierto para el conocimiento de los hombres y la apreciacion de sus capacidades. El Sr. Aranda, bajo su

gobierno, ya como encargado, ya como obispo de Guadalajara, formó una falange de sacerdotes distinguidos que han conservado y conservan todavía las mejores tradiciones en cuanto á la ciencia administrativa de la Iglesia. De esa falange de sacerdotes influida por las sábias instrucciones, y por la enérgica direccion del I. Sr. Aranda, hemos visto en pocos años ascender siete á la plenitud del sacerdocio, y creemos que aun hay otros más, llamados tambien á la misma dignidad: acaso el Sr. Aranda ha sido el último obispo que ha llenado plenamente las exigencias de la importante y vasta diócesis de Guadalajara, aun en las circunstancias mas difíciles. Si Dios hubiera querido conservar por diez años mas la importante vida de ese digno obispo, ¿no habria podido ciertamente detener el curso de torrentes despeñados; pero sí habria influido mucho sobre la direccion de la corriente; y su prudencia, su tacto político, su energía, su valor civil y su talento claro y previsor, habrian economizado muchos males á la iglesia de Guadalajara, habrian modificado los acontecimientos que, como atmósfera de plomo han pesado en ciertas épocas sobre todo Jalisco.

Ese hombre memorable fué el que en Setiembre de 1839 nombró al Dr. D. Ignacio Mateo Guerra cura interino de la parroquia de Asientos, cuyo encargo tuvo hasta Febrero de 1841, en que fué

nombrado, prévio concurso canónico, cura propio de Matehuala. Sirvió esta parroquia hasta el mes de Enero de 1846, en cuyo tiempo se hizo acreedor á un recuerdo perpetuo por los servicios que en dicho curato prestó, figurando entre sus obras el espacioso y magnífico templo parroquial de tres naves que existe en Matehuala.

A pesar del trascurso de los años, tanto el mineral de Asientos como Matehuala, conservan recuerdos muy gratos de su cura D. Ignacio Guerra, á quien respetaron y amaron como á su verdadero maestro, padre y bienhechor. Ni podia suceder de otra manera; porque él poseyó en alto grado la ciencia del gobierno; y el que sabe gobernar segun Dios y segun justicia, posee la ciencia de hacerse amar. Esa ciencia del gobierno de los espíritus y de la direccion de los corazones, la buscaba en Dios y la estudiaba en la oracion; en la oracion asídua y humilde, á la que nunca se niega cosa alguna; en la oracion, de la que San Juan Ciímaco decia que, en cierto modo hace violencia á Dios, que no puede faltar jamás á su promesa infalible: "Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá." Si el cura de Asientos y de Matehuala hubiera conocido en su modestia y humildad, el acierto conque gobernó sus parroquias, habria tenido que confesar enmedio de una santa confusion, que se habia cumplido en él, en

toda su plenitud aquella palabra santa: "Si alguno de vosotros necesita de sabiduria, pídasela á Dios que á todos dá copiosamente, y no zahiere á nadie."

El cura de Asientos y de Matehuala, lleno de caridad, sin otra mira que el bien verdadero de sus feligreses, fué el padre de los pobres, el consuelo de muchos afligidos, el sostén de muchos débiles, el pañuelo de muchas lágrimas. Desprendido de todo interés mundano, en sus operaciones buscaba solo á Dios. Celoso hasta la nimiedad en el cumplimiento de sus deberes, nunca descuidaba los menores detalles tratándose del bien espiritual de los que tenia bajo su cargo. Miraba siempre con particular benevolencia y cariño á los huérfanos y á las viudas. Para todos los niños tenia un fondo inagotable de amabilidad y dulzura; y con frecuencia se veian á su rededor escenas como la que se representó á los piés de El primero que dijo: "Dejad venir á mí á los niños, y no se los vedeis; porque de tales como estos es el reino de Dios."

En Noviembre de 1843, siendo cura de Matehuala, la compañía lancasteriana de San Luis Potosí le nombró su sócio corresponsal. En 22 de Enero de 1846 fué nombrado prebendado de la Iglesia catedral de Guadalajara, de cuyo beneficio tomó posesion en 22 de Marzo del mismo año. En este mismo tiempo fué nombrado catedrático

de derecho Canónico en el Seminario Conciliar de aquella ciudad, y desempeñó este magisterio hasta Octubre de 1849. Entonces, y cursando nosotros esa cátedra, fué cuando tuvimos el honor de conocer y tratar íntimamente al respetable Sr. Dr. Guerra, y estimamos desde entónces su gran valer bajo el doble concepto de maestro y de amigo. Sabia inspirar á sus discípulos una confianza plena y un tierno afecto; no era para ellos un superior enojoso, sino un amigo sincero cuyo trato se deseaba. En medio de sus lecciones sobre la ciencia, sabia interpolar hábilmente graves máximas de moralidad, y hasta preceptos de una urbanidad exquisita. No tememos asegurar que fué el primero que introdujo entre los alumnos del Seminario de Guadalajara, cierta finura de trato y delicadeza de maneras en sus relaciones recíprocas que, sin excluir la confianza y franqueza tan propia de jóvenes compañeros, imponen aquel hábito de respetos y atenciones que deben guardarse entre sí aun los iguales.

No cuidaba solamente de los progresos de sus discípulos en la ciencia, sino que se interesaba por su bienestar en todo sentido, aun cuando en ello hubiera algo de trivialidad, como suele en las cosas de la juventud. Recordamos en este momento un hecho á propósito, para dar idea exacta de lo que era en este particular nuestro benévolo maes-

tro. Era el año de 1849 cuando uno de los jóvenes discípulos del Sr. Guerra se encontraba en una situacion difícil, traida por acontecimientos de esos que, si pasan de un corazon, nunca pasan de dos. El jóven era de una alma ardiente y apasionada, que veia las cosas al través de vidrios de tanto aumento, que le hacian creer que sus historias íntimas eran tan importantes, que no habia mas que ver. El paciente sufria mucho y desde muchos dias, y ese sufrimiento habia concluido por ponerle en una situacion verdaderamente *excéntrica*. La fiebre de su alma trascendia á su cuerpo; y el hundimiento de sus ojos, la palidez de su semblante, la descompostura de su exterior, no dejaban ya disimular un padecimiento grave, cnya causa nadie conocia. Pero un dia, concluida la lectura de la la cátedra, el profesor, permitiendo á sus discípulos que se retiraran, ordenó al enfermizo que permaneciera á su lado. Una vez solos, el respetable maestro comenzó por insinuarse de tal manera en el doliente discípulo, que, sin grande esfuerzo, pudo descender hasta el fondo de su corazon; puso allí la mano sobre una herida; arrancó con suave violencia confidencias amargas; pronunció palabras mágicas propias para encantar el dolor; señaló con índice seguro el remedio para el mal, y lágrimas de amistad y de cordial interés hicieron compasivo cortejo á lágrimas de honda amargura y de despecho

mal reprimido.....Despues de una hora, el señor Guerra experimentaba, sin duda, la satisfaccion consiguiente á una buena obra; y su discípulo enfermo, aliviado de una carga enorme, solo sentia sobre sí el peso de la gratitud, hácia el génio bienhechor que, asomado al borde de los abismos de una alma, habia soplado la paz y el bienestar sobre lo que pareciera un caos.

Pero no solo procuraba captarse la confianza de sus dlscípulos; sino que con una reciprocidad benévola, tambien les honraba con la suya, teniendo algunas veces entre ellos esas espansiones francas y abiertas que son indispensables á los espíritus sobrecargados de cuidados y atenciones graves. Mas aun en medio de esas efusiones de su bella alma, buscaba siempre la ocasion de enseñar una verdad útil, de inculcar un sentimiento recto y noble. Era un dia, en que los cursantes de jurisprudencia recibian á su maestro el Sr. Guerra en la puerta del Seminario, segun costumbre; acompañándole desde allí hasta la cátedra. En el acto mismo de recibir su saludo, advirtieron que el respetable profesor iba preocupado por algun pensamiento grave, tal vez por una idea molesta: llegados á la aula, é instalados en sus lugares respectivos, todos guardaban un silencio profundo, testimonio de interés respetuoso á la situacion del maestro. Este señor abrió su libro de texto, é

indicó el alumno que debia hacer la lectura del dia. Comenzó esta, y despues de algunos minutos, el profesor cerró su libro con violencia y dijo así: "Basta, señores: no soy dueño de mí mismo: hago esfuerzos por dominarme; pero ya no me es posible.....cuando la patria sufre desgracias de tanta cuantía, es imposible permanecer sereno..... (Era que en esa mañana habia llegado á Guadalajara, por extraordinario, la infausta noticia de la ocupacion de Veracruz por los americanos, y era aquel un dia de duelo para toda la ciudad.) El Sr. Guerra refirió el contenido de la noticia extraordinaria, y siguió haciendo una reseña sobre la tristísima situacion de México, sobre el porvenir que le esperaba, sobre los desastres de la campaña, sobre los sacrificios que la patria tenia derecho para exijir de todos sus hijos en angustias tan supremas; y exaltándose de grado en grado, llegó hasta tocar en el sublime del Profeta que lloró sobre las desgracias de Jerusalem, y en el entusiasmo heróico del Macabeo, que en los trasportes de su patriótico sentimiento, exclamaba: "Porque mas nos vale morir en el combate, que ver el exterminio de nuestra nacion y del Santuario.—Y venga lo que el cielo quiera.»

Los discípulos estaban profundamente conmovidos, y en todos los semblantes se notaba una animacion y un interés proporcionados á las expan-

siones del maestro. Corrió doble tiempo del acostumbrado para permanecer en la cátedra, y despues, al retirarse de ella, el Sr. Guerra dirigió á su auditorio estas frases: "Señores: se ha descargado mi corazon de un grave peso repartiéndolo con vosotros: yo venia agobiado y me vuelvo mas ligero. ¡Cuánto me es grato encontrar en mis discípulos corazones capaces de sentir lo que el mio siente, por causa de los dolores y desgracias de la comun madre! ¡Señores: no olvidemos jamás que llegan momentos en que todos tenemos por deber el sacrificio!" Dijo así, y se despidió con una sola palabra.

Acaso en esa vez, por primera, nuestro corazon se abrió á impresiones profundamente patrióticas. Y se abrió á impulso de la palabra venerable de un sacerdote; del acento respetable de un maestro querido. ¡Y esto sucedia en el recinto de una aula de un Seminario Conciliar! ¡Cuánto mas valen palabras de ese género, pronunciadas por tales lábios, que cien discursos vinolentos de famélicos y desarrapados tribunos de la demagogia! ¡Tan cierto es que sentimientos que demandan fé, y la fé hasta el sacrificio, solo pueden ser suscitados por palabra en que se tenga fé!

Pero no todo pára en esto; sino que desde luego, cada uno de los discípulos del sacerdote patriota se propuso arbitrar los medios que á su al-

cance estuvieran para cooperar en el sacrificio comun. Se acordó la privacion de tal ó cual goze para contribuir con el valor de él á los gastos de la campaña: que recibirian privadamente instruccion en el manejo de armas, para cuando fuera llegada la vez: y hubo alguno de cabeza mas ardiente y que tomaba las cosas por el lado menos frio, que se propasó hasta sentar plaza de soldado raso clandestinamente, en un Cuerpo de infantería que estaba para ponerse en marcha. Existe aún el Coronel que mandaba ese cuerpo; el afiliado clandestino conserva todavía la cópia de su filiacion.

El Sr. Guerra tenia una conversacion fácil, amena, variada: muy conocedor de los hombres, sabia atemperar su lenguaje á la clase de personas con quienes hablaba. En sus círculos de familia y de amistad íntima, ejercia una influencia irresistible por la energía de su expresion. Dotado de una imaginacion viva como la de un frances, ardiente como la de un oriental, sabia hacer uso de estos recursos con oportunidad y revestia sus conceptos de tan felices imágenes, que daba el colorido de una encantadora poesía á las materias que eran susceptibles de tal decoracion. Esta facilidad hacia que muchas veces, en la conversacion familiar, la narracion de un suceso interesante tomara los tintes de una verdadera poesía descriptiva. En alguna ocasion le oimos referir una catástrofe lamen-

table acontecida en una hacienda del interior. Fué una inundacion causada por el desplome de una gran presa, cuyas aguas al precipitarse en revuelto torrente, destruyeron edificios, arrasaron sementeras, talaron campos, arrastraron ganados y arrebataron muchas personas. La descripcion que el Sr. Guerrra hacia de aquel cuadro de esterminio y desolacion era tan viva, tan animada, recargada de tal manera con todas las luces y sombras propias de la fatal decoracion, y tan rápida en su desarrollo, que nos inspiró un terror como si nos encontráramos en medio del cuadro descrito; creiamos sentirnos arrastrados por la violencia del torrente, y escuchar los ayes de los que se ahogaban, y los mugidos y balidos de los ganados arrebatados, y el siniestro estrépito de los objetos que se chocaban entre las revueltas aguas de aquel diluvio en miniatura.

En cuanto á la enseñanza científica, el Sr. Guerra, desempeñando su cátedra de Derecho canónico, nada dejaba que desear. Profundo conocedor de su facultad y ejercitado por largo tiempo en el magisterio, tenia gran facilidad en su desempeño. Dirigia á sus discípulos en el estudio de la legislacion eclesiástica por las sendas de la historia de Iglesia, á la luz de una crítica sana: disertaba profundamente sobre la disciplina; hacia notar su desarrollo, sus cámbios; el espíritu que dominaba en

ella, la razon de ser de toda innovacion; y llevaba, como por la mano, hasta las fuentes originarias de la ciencia. Inculcando con frecuencia la importancia de aquel aforismo: *Distingue tempora et concordabis jura*, hacia sentir la necesidad imprescindible del estudio de la historia y de la filosofía del derecho, para no reducir la ciencia canónica á un empírico é indigesto casuitismo. El gusto de oir de boca de tal maestro una digresion histórica ó un juicio razonado sobre alguno de tantos personajes célebres, como á cada paso se presentan en la historia de la Iglesia, compensaba con usura de todas las penalidades que para los jóvenes trae consigo el estudio grave de materias poco floridas. En su método didáctico campeaban, sobre todo, las inestimables cualidades de una escrupulosa precision y exactitud combinadas con una claridad y sencillez inimitables. Su saber, su celo y su método, le proporcionaron la satisfaccion de ver, á vuelta de algunos años, aprovechados sus trabajos en varios de sus discípulos que ocupan actualmente en la Iglesia una posicion respetable, y justamente merecida.

Tantas dotes preciosas hicieron que el que las poseía sin saberlo, fuera amado entrañablemente por sus discípulos, quienes aun despues de muchos años buscaban su consejo, su direccion y su amistad. El Sr. Guerra se prestaba gustoso á la

continuacion de esas relaciones antigüas, y le era muy grato oirse llamar *mi maestro*, y mencionar á sus *discípulos* con este nombre, sin que en ello hubiese un solo ápice de vanidad. Solo habia en esto el sentimiento dulce de un vínculo afectuoso, que en su diuturnidad adquiria un nuevo prestigio. Para el Sr. Guerra no habia afectos pasajeros, ni de fórmula convencional; el afecto que una vez habia encontrado asiento en su corazon, allí se conservaba siempre; fino, delicado, generoso. Esto nos hace creer que su noble alma debe haber tenido mucho que sufrir, con esos desengaños tan comunes en la vida, con esas ingratitudes que jamás faltan para lacerar una alma profundamente sentimental.

El Sr. Guerra era la bella realizacion del sacerdocio católico en las relaciones que deben ligarle con la sociedad en cuyo favor se sacrifica. El sacerdote católico, secuestrado por la naturaleza de su mision y la pureza que demanda su ejercicio, á ciertos vínculos, y á los goces que ellos aseguran, concentra en su corazon todos los afectos legítimos de que es capaz; forma con ellos un tesoro de cuya dispensacion se encarga la caridad; y esa dispensacion tiene caso en todos los puntos y momentos de contacto del sacerdote con su pueblo. Por esto el sacerdote que predica, ama á su auditorio; y el que confiesa llama *sus hijos* á los penitentes; y el que enseña, se apasiona por sus discípulos; y el que preside á los instantes postreros del hombre que muere, es el primero que derrama el consuelo sobre una familia desolada. Y como los vínculos contraidos por tales afectos tienen algo que los pone sobre la carne y la sangre, esos vínculos se salvan y se conservan á traves del tiempo y de los cambios de la vida: á los afectos del sacerdote, la caridad con su sello de fuego imprime un carácter profundo, indeleble. Esto esplica por qué el Sr. Guerra recordaba con gusto á sus discípulos de 1832; y conservaba sus relaciones con los de 1839, y honraba con su afecto á los de 1849; y hablaba con interés de sus feligreses de Asientos, y mencionaba con amor su curato de Matehuala.

Presidiendo este señor la cátedra de Derecho canónico, y siendo Prebendado de la Catedral de Guadalajara, á principios de 1848, hizo oposicion á la Canongía penitenciaria, cuyas funciones desempeñó con un brillo honroso; pero que á nadie sorprendió, porque era esperado por todos. Ese desempeño hizo que le fuera concedida la expresada Canongía de oficio, en 1º de Mayo del mismo año de 48; y la sirvió hasta el 15 de Febrero de 1859, en que fué promovido á la Dignidad de Maestrescuelas, de la cual tomó posesion en 17 del mismo mes y año.